

# TEILHARD y el fenómeno del ateísmo moderno

Un método que da que hablar. El evangelista de Cristo en el universo. Un ateísmo que asciende irresistiblemente. La falsa imagen de Dios. El mundo moderno no es irreligioso. El Occidente ha volteado muchos ídolos. Teilhard y los intelectuales comunistas. Una nueva fe: la religión de la evolución, y la mística de la ciencia. Jesús buscado a través de la magia del cosmos. Cristianizar las nuevas aspiraciones del mundo.

Coinciden los comentaristas en afirmar la importancia de entender bien el método de Teilhard de Chardin para captar su pensamiento. Para todos, el punto de partida parece ser una página del mismo Teilhard en *El Fenómeno Humano*, donde nuestro autor intenta definir el objeto formal de su estudio.

Pero la coincidencia termina cuando se trata de interpretar ese método. Al científico le parece que Teilhard emplea un lenguaje filosófico. Al filósofo le choca que no quiera hacer metafísica. Al creyente le parece que ignora o minusvalúa datos revelados sobre el hombre y su destino eterno. Por no distinguir o no asimilar claramente el método de Teilhard de Chardin, la lectura de sus obras molesta o decepciona.

Al parecer, la divergencia entre los comentaristas y el malestar de los lectores brota, en buena parte, de que generalmente no tiene suficientemente en cuenta la incidencia de su doble profesión —jesuita y paleontólogo— en la elaboración de su metodología propia. Para captarlo, es preciso adentrarse en las intenciones de Teilhard, seguirlo en su programa de trabajo y, por último, examinar la concreción de su método. Muy otro sería el método teilhardiano si otras hubieran sido sus intenciones o propósitos. Todo lo demás ha de ser examinado a la luz de esos propósitos.

El punto ha sido claramente señalado por autores como Rideau y otros. En estas notas quisiéramos poner de relieve la intención profunda de toda la obra de Teilhard.

## EVANGELISTA DE CRISTO EN EL UNIVERSO

La actitud básica de Teilhard de Chardin, puede concretarse así: su ciencia está puesta al servicio de su sacerdocio. Su vocación es eminentemente apostólica. Quiere llevar a Cristo a todos y a todo. Ya en 1918 escribía: "Quisiera ser, Señor, por mi humildad parte, el apóstol y (osaré decirlo?) el evangelista de vuestro Cristo en el universo... Llevar a Cristo, en virtud de inserciones propia-



mente orgánicas, al corazón de las realidades consideradas las más peligrosas, las más naturalistas, las más paganas: he ahí mi evangelio y mi misión". Quiere ser misionero. No le basta apacentar a quienes ya están en el redil. Quiere abarcar el mundo todo y, en particular, el ambiente científico en que se mueve. Ese mundo intelectual no cree o se aparta de Dios y del cristianismo:

"Indudablemente, por alguna oscura razón, hay algo que 'no marcha' en nuestro tiempo entre el hombre y Dios, tal como se le presenta Dios al hombre de hoy. Todo acontece hoy día como si el hombre no tuviera exactamente ante sí la figura del Dios que desea adorar... De allí brota por todas partes en torno nuestro al mirar globalmente (y a pesar de ciertos síntomas decisivos de renacimiento, aunque todavía subterráneos), esa impresión obsesiva de un ateísmo que asciende irresistiblemente o, más específicamente aún, de una descristianización creciente que no se puede contrarrestar" ("El corazón del problema"). Es el resultado de una observación personal llevada a cabo durante decenios. Veinte años antes, tras una breve estada en la Somalia francesa, Teilhard de Chardin escribía: "En este solo viaje encontré, sin buscarlo, una media docena de espíritus muy diversos para quienes el cristianismo (el que comúnmente se enseña) se había convertido o en una carga aplastante de la vida, o en un peso muerto e inútil, o en la religión a la que ya ni se piensa interrogar porque resulta demasiado claro que nada se puede esperar de ella como respuesta a nuestras cuestiones hodiernas". La experiencia se repite: el mundo se aleja de Dios, los cristianos se alejan de Cristo. Teilhard palpa esa dolorosa realidad sobre todo en los hombres de ciencia. Al mes de terminar la larga travesía del Asia amarilla —la expedición Haard-Citroën—, escribe desde Pekín: "En el grupo formado al azar que constituíamos, no había un solo católico practicante. Pero, en cambio, en la plana mayor (los mecánicos son menos significativos) había seis o quizá siete hombres que, educados cristianamente, habían abandonado casi todo porque la religión (como ellos la entendían), ya no les decía positivamente nada. Esto me ha confirmado en la idea de que el cristianismo hoy día pierde terreno en las capas vivas de la sociedad (no se olvide que, en conjunto, constituíamos una élite muy escogida)". Y ya hacia el fin de su vida, en uno de sus últimos ensayos, "El Dios de la evolución", la pluma de Teilhard de Chardin vuelve al mismo tema: "A pesar de cierto florecimiento de su influjo en los medios conservadores (o 'un-developed') del mundo, el cristianismo está decididamente en tren de perder a ojos vistas su prestigio y atractivo sobre la fracción más influyente y progresista de la humanidad".

La reacción del apóstol no se hace esperar. Examina el problema en todas sus dimensiones, y llega a la conclusión de que el mundo, lejos de ser propiamente ateo, anida una profunda corriente religiosa, inconciente y desorientada quizá,

pero de vigor extraordinario. El mundo no es ateo. No rechaza ni a Dios ni a Cristo, sino a una falsa imagen de Dios y del cristianismo. La tarea, pues, del creyente y del apóstol, no ha de consistir esencialmente en rechazar el mundo ateizado o descristianizado, sino que, apoyándose en los valores positivos del mundo creado por Dios, y fundamentalmente en esa corriente natural de religiosidad profunda debe purificar el concepto y la imagen de Dios y del cristianismo, para presentar, con sus palabras y la vida toda, a los hombres de hoy, un cristianismo que les sea aceptable por su valor profundamente religioso. Teilhard expresa esto claramente en muchos de sus escritos.

En uno de sus inéditos de 1945, "Cristianismo y evolución", leemos: "Con frecuencia se oye decir que, desde el punto de vista religioso, la tierra se está enfriando. En realidad, jamás estuvo tan ardiente... Bajo la acción de múltiples causas convergentes (descubrimiento del tiempo y del espacio orgánicos, progreso de la unificación o 'planetización humana', etc.), indudablemente el hombre se ha despertado, desde hace un siglo, a la evidencia de que se encuentra comprometido, al nivel de las dimensiones cósmicas, en un vasto proceso de antropogénesis. El resultado directo de esta toma de conciencia consistió en hacer surgir de las profundidades juveniles, 'magmáticas', de su ser, un empuje aún informe pero, potente, de aspiraciones y esperanzas ilimitadas.

Bramido de las olas sociales, o voz de la prensa y de los libros: para un oído atento o ejercitado, todos los ruidos discordantes que en este momento suben de la marea humana, resuenan con la medida de una nota fundamental única: la fe y la esperanza en alguna salvación vinculada a la consumación evolutiva de la tierra. No, el mundo moderno no es irreligioso. Al contrario. Solamente que en él, por la afluencia brusca y en dosis masivas de una nueva savia, el espíritu religioso —en su totalidad y en su esencia— hierve y se transforma".

El mundo no está materializado. "Se ha convertido en lugar común definir como materialista a la civilización occidental, ese fuego de la nueva humanidad. Nada más injusto. El Occidente ha volteado muchos ídolos. Pero por su descubrimiento de la marcha hacia adelante del universo, ha puesto en movimiento una mística pujante... Ahora, toda la cuestión consiste en determinar la verdad y el nombre de la Presencia que creemos sentir detrás del universo en llamas" ("El cristianismo en el mundo").

## LA APARENTE INCREDULIDAD MODERNA

"Los materialistas de hoy día, de hecho no son (como frecuentemente tuve la impresión escuchándolos o leyéndolos), sino espiritualistas que se ignoran". El rechazo de Dios es más aparente



que real. Aún el ateísmo sistemático: rechaza no tanto a Dios cuanto a una falsa imagen de Dios. "De todas las conversaciones que a lo largo de mi vida he podido tener con intelectuales comunistas, surgió en mí la impresión de que el ateísmo marxista no es absoluto; sino que solamente rechaza una forma 'extrínseca' de Dios, un Dios 'ex-machina' cuya existencia atentaría contra la dignidad del universo y detendría los resortes del esfuerzo humano; un 'pseudo-Dios', en fin, a quien hoy día (comenzando por los cristianos) nadie aceptaría" ("El corazón del problema"). Pero nada de esto puede apagar la religiosidad profunda, la "mística pujante" que, río caudaloso, impregna a la humanidad. "En la medida que yo lo comprendo, el mundo actual no es radicalmente incrédulo o arreligioso. Pero su natural capacidad de adoración está desviada, al presente, hacia un objeto —el universo— que le parece en oposición con el Dios cristiano" ("La incredulidad moderna"). "Los panteístas humanitarios representan a nuestro alrededor una forma novísima de religión. Religión sin Dios aparente y sin revelación. Pero religión en el verdadero sentido, si por esta palabra se designa la fe contagiosa en un ideal por el que dar la vida... Un número rápidamente creciente de nuestros contemporáneos ya está de acuerdo en reconocer que el interés supremo de la existencia, consiste en consagrarse en cuerpo y alma al progreso universal que se expresa por los desarrollos tangibles de la humanidad... ¿Qué significa esto, sino que, bajo formas variables (comunistas o nacional-socialistas, científicas o políticas, individuales o colectivas), vemos positivamente nacer y constituirse en torno nuestro, desde hace un siglo, una nueva fe: la religión de la evolución?" (Inédito "Cómo creo", de 1934).

Religiosidad desviada pero real y pujante que, por sí sola, no sabe "determinar la verdad y el nombre de la Presencia" que intuye detrás del universo. "El mundo está lleno de fuerzas —escribe en carta del 20 de febrero de 1927—, pero se debate y sofoca porque nadie, ni aún el cristiano, le da ejemplo ni le traza el camino para una acción y una vida plenamente humanas, apasionada y activamente abierta a todo bien, a toda belleza y a toda verdad. Delante mío y por encima de mí, la humanidad, habiendo emergido a la conciencia del movimiento que la arrastra, tiene cada vez mayor necesidad de un sentido y de una solución a los que por fin le sea posible consagrarse plenamente" ("El corazón de la materia").

"Con razón o sin ella, el hombre moderno ha puesto su interés y su esperanza en un destino ilimitado, más allá de sí mismo. Y todos nos encontramos embarcados en la exploración y la conquista de ese futuro. Esperanza en un futuro sin límites: los dos caracteres esenciales de una religión... Para explicar el estado presente de la tierra pensante, hay que recurrir a una energía de naturaleza religiosa. Bajo su forma actual, es

decir, en el movimiento unánime que la lleva hacia nuevos horizontes de conocimiento, la humanidad no resiste ni puede continuar resistiendo sino por una mística" ("La mística de la ciencia"). "Gracias a la conjunción afortunada de tres descubrimientos: descubrimiento de la sucesión gradual de las formas vivas, destinada a culminar pronto en las teorías de la evolución; descubrimiento de las energías que preludian las modernas conquistas del espacio y del 'éter'; y descubrimiento del sentido humano, torpemente expresado en el despertar democrático de las masas; se formó en el hombre, en los albores del siglo XIX, la noción de un tiempo orgánico, abierto a todas las ambiciones del sociólogo, del ingeniero y del sabio... La conciencia del progreso acaba de nacer y, con ella, la religión de la ciencia". "El descrédito en que tan rápidamente (¡en medio siglo!) ha caído la fe en el progreso", es una crisis intelectual y moral del mismo progreso: "En la construcción de un porvenir humano, ya no sabemos muy bien si es posible ni si es bueno ir más lejos... Sin embargo, y me he apoyado en esta constatación al comenzar, el vasto esfuerzo de investigación y de conquista lanzado hace un siglo sobre la tierra, lejos de debilitarse, no cesa de propagarse y de acelerarse ante nuestros ojos... La conciencia humana se yergue en la seguridad (casi infalibilidad) instintiva de una actitud que la consagra cada vez más a la persecución de la ciencia. En su corazón, a pesar de todas las dudas que le sugiere la razón, la fe del hombre en el porvenir es más viva que el primer día... Lo decíamos al principio de estas páginas: una religión es absolutamente necesaria para explicar, justificar y prolongar el estado psicológico del mundo en que vivimos. Pero a consecuencias del hundimiento de un primer ídolo, esta religión acaba de perder al Dios que había creído encontrar. En este momento nos encontramos sobre las ruinas del materialismo, en una situación de desequilibrio, a causa de todo el ímpetu acrecentado de nuestras necesidades y de nuestras esperanzas. ¿Va a ser necesario, por esto, ahogar el espíritu sagrado que nos agita? De ninguna manera. Este espíritu está ahí, indudablemente, puesto que sin él el universo, detenido el ímpetu que le hace vivir, se volvería absurdo, incomprendible. Lo que hay que hacer es, simplemente, descubrir su verdadero nombre. La religión de la ciencia ha muerto. Para relévarla, debe existir una nueva mística: la religión en la ciencia. "Ya no hay humanidad concebible sin ciencia. Pero no hay ciencia posible sin una religión que la anime. El cristianismo es una forma ejemplar de esta religión de la ciencia. ¿Habrá que añadir que es la forma necesaria, como si la tierra no pudiera ir hasta el final en el auténtico desarrollo de sus posibilidades sino convirtiéndose? Nos inclinábamos a creerlo así, a juzgar por la náusea y la desesperación ante el esfuerzo, tan francamente confesados en nuestros días por no creyentes particularmente lúcidos".



"En la hora presente, un mismo impulso interior fundamental, la fe en el hombre,<sup>1</sup> apenas nacido en nuestros corazones tiende a expresarse, a quebrarse en dos formas de espíritu en apariencia divergentes: aquí, un espíritu (llamémoslo «cristiano») de don y de unión, centrado sobre la espera de una Aparición hacia adelante; y allí, un espíritu prometeico o fáustico, de autoadoración, centrado sobre la organización material de la tierra. Se mantiene un equívoco. Y porque (siempre en virtud de un ritmo que se invertirá acaso mañana), una vez más es lo material, lo tangible lo que en este momento de la historia del mundo conserva la iniciativa aparente en los progresos de la vida; en el conflicto todo acontece como si la forma prometeica de fe fuese, en torno nuestro, la única o al menos la más eficaz. Sólo se la ve a ella al servicio del mundo, o al menos se corre el riesgo de verla a ella sola. De allí esa tendencia (también ella tan vieja como el mundo) que lleva a los defensores del Espíritu a considerar como diabólico y a repudiar en bloque entre las manifestaciones más temibles del orgullo, el ansia irreprimible de engrandecimiento y de conquista, el incoercible sentimiento de poder y de progreso que en la hora actual hinchon todos los pechos humanos".

¿Caerá Teilhard en esa tentación? ¿Se dejará llevar también él por la tendencia "a repudiar en bloque" esas ansias "de engrandecimiento y de conquista", ese "sentimiento de poder y de progreso" en el que el mismo Teilhard de Chardin vislumbrara una religiosidad profunda, una "mística pujante", una "necesidad de adoración"? No. Teilhard intuye que, tras los denodados esfuerzos por el progreso del mundo, la humanidad busca una "Presencia" cuyo nombre es Cristo. Más aún: La aparente incredulidad moderna de un mundo que tiende más y más a convergir sobre sí mismo, le parece óptima base para la conversión; "Es a tí, Jesús, ahora lo veo, a quien los hombres mis hermanos, esos mismos que no creen, sienten y buscan a través de la magia del cosmos" ("La vida cósmica"). "La única idea que puede cimentar a la moral y a la religión de un universo a base de investigación y progreso, es la idea de una «Unidad de convergencia». Por eso, ninguna conversión (si así se puede decir) tendrá jamás raíces tan profundas como la que se va realizando bajo los velos de la incredulidad moderna". ("El camino del Oeste").

## UN CRISTIANISMO QUE ESCAPO AL MUNDO

Pero entonces, y el interrogante acucia el celo apostólico de Teilhard, ¿por qué el cristianismo pierde terreno? ¿por qué ya no es contagioso? Porque, evidentemente, "el cristianismo cobija todavía parcialmente, pero ya no cubre ni satisface ni guía al «alma moderna». Algo no anda más y, por ende, algo se espera para pronto sobre el planeta, en materia de fe y de religión. Pero, ¿qué, precisamente?" ("El Dios de la evolución").

En muchos pasajes de sus obras Teilhard expone sus ideas al respecto. Uno de ellos, el más significativo, es su respuesta a una encuesta de *La Vie Intellectuelle*, publicada el 25 de octubre de 1933:

"La primera fuente de la incredulidad moderna (tan generalizada que, en mucho dominios intelectuales, los creyentes son excepción), ha de buscarse en el cisma ilegítimo que gradualmente, desde el Renacimiento, separó al cristianismo de lo que podría llamarse la corriente religiosa natural humana. El mundo actual, en la medida que yo lo comprendo, no es radicalmente incrédulo o arreligioso. Pero su natural capacidad de adoración al presente está desviada hacia un objeto, el universo, que le parece en oposición con el Dios cristiano". ("La incredulidad moderna").

Trata luego Teilhard de determinar las características de ese "cisma ilegítimo", oponiendo la evolución o cambios producidos en el mundo principalmente en los últimos 150 años, a la actitud —aparente al menos— del cristianismo:

"Revistiendo a lo largo de su duración una especie de unidad natural, el mundo no adquiere solamente una dimensión más para la búsqueda intelectual. Para el individuo humano también se define como un objeto de valor y dignidad superiores, al que hay que someterse y consagrarse: hace resonar en nosotros, con la innegable atracción de una inmensidad próxima y tangible, las cuerdas siempre prestas a vibrar de la adoración. ... En pocas generaciones la humanidad se ha convertido literalmente, espontáneamente, a una especie de religión del mundo, confusa en sus dogmas pero perfectamente clara en sus orientaciones morales, a saber: el reconocido predominio del todo sobre el individuo; una fe apasionada por el valor y las posibilidades del esfuerzo humano; una percepción muy viva del carácter sagrado de la investigación en todas sus líneas. A raíz del descubrimiento científico de la unidad natural y de la enormidad del mundo, el hombre moderno ya no puede reconocer a Dios sino prolongando (¿podría decirse: 'bajo las especies?') de El algún progreso o maduración universal".

Hasta aquí, "la revolución producida en las zonas más profundas del espíritu humano". Muchos de los elementos señalados por Teilhard en este pasaje nos eran ya conocidos a través de los textos anteriormente citados. Sobre otros, volveremos más adelante.

De inmediato. Teilhard de Chardin presenta el otro término de la antinomia. Aquél era el mundo. Este, la actitud del cristianismo.

"Ahora bien, ¿cómo aparece a sus ojos el Dios cristiano? Para quienes no lo conocen muy bien, el cristianismo da cierta impresión de haberse escapado y aún de oponerse a la «revolución» psicológica que acabamos de analizar. No se decide a aceptar francamente, en su totalidad y en su espíritu, las perspectivas del desarrollo cósmico, fuera de él universalmente admitidas. Parece com-



placerse en minimizar las esperanzas humanas y en señalar las debilidades de nuestra sociedad. Desdeña o teme el progreso y la investigación. En resumidas cuentas, no aporta ninguna consagración, ningún engrandecimiento a las aspiraciones más elevadas y más profundamente sentidas por el hombre de hoy.<sup>2</sup> He aquí las apariencias, apariencias engañosas —los que estamos dentro lo sabemos—, pero apariencias terriblemente decepcionantes para los que nos observan de fuera.

Bien señalados los términos antitéticos: mundo que ha pasado por una "revolución psicológica" de progreso y maduración universal, y cristianismo con todas las apariencias de oposición a ese progreso y maduración del mundo. Teilhard de Chardin puede ya indicar nítidamente el punto de fricción, en todo coincidente con el "cisma ilegítimo" denunciado desde las primeras líneas de su respuesta a *La Vie Intellectuelle*:

"Buscando un nombre para el Dios desconocido que presienten, los gentiles nos observan. Y después se apartan le un Evangelio que no parece responder ni a sus perspectivas del mundo, ni a sus interrogantes, ni a sus expectativas.<sup>3</sup> La resistencia que actualmente encuentra el establecimiento de la Iglesia, no radica como se dice a veces en que sus dogmas son demasiado elevados y su moral demasiado difícil. Se debe a que los hombres no reconocen en nosotros su ideal religioso y moral: por eso se alejan de nosotros esperando algo mejor".

## ASUMIR EL ALMA RELIGIOSA DEL MUNDO

Observemos el realismo con que Teilhard de Chardin plantea el problema del alejamiento religioso. El mismo realismo apostólico hallaremos en la solución o remedio que propone. Si el cristianismo pierde terreno porque su presentación habitual parece oponerse a las sanas y legítimas aspiraciones de los hombres de hoy, se impone no rechazar en bloque las conquistas de la humanidad sino mostrar el cristianismo en sus verdaderas dimensiones en continuidad y coronación de esas mismas conquistas y aspiraciones. El Dios del mundo es el mismo Dios de la Revelación. El Dios que suscita en los corazones la voluntad activa de un mundo mejor y encauza la corriente profunda de religiosidad hacia un servicio al progreso y maduración del mundo, es el mismo Dios que para salvar el mundo de los hombres se hizo hombre. El mismo a fin de que la humanidad revistiera su plenitud natural con la plenitud de Cristo (2 Cor., 5, 2s.). Si el "Dios-Mundo" vela al "Dios-Revelado", es preciso mostrar que "el universo descubierto por las investigaciones científicas, lejos de eclipsar al Dios cristiano, aguarda ser transfigurado y coronado por El: "¿Queremos que los hombres vuelvan a Dios llevados por la misma corriente que parece alejarlos? Abramos ampliamente nuestro espíritu y nuestro corazón a los nuevos puntos de vista y a las nuevas aspiraciones (del mundo) para tomar

posesión de ellas y luego cristianizarlas" ("La incredulidad moderna").

"Tomar posesión", es decir, hacerlas nuestras, asumirlas verdadera y sinceramente. Teilhard nos invita, sobre este punto, a hacer un examen de conciencia: "Los cristianos, ¿no hemos permanecido demasiado al margen del espíritu de la humanidad que debemos salvar? A despecho de las advertencias de la Iglesia, ¿no se ha infiltrado un bayanismo práctico en nuestra manera de apreciar los efectos del pecado original sobre el mundo? ¿No hemos permitido que «se hipertrofiaran, en nuestra religión, las nociones de pecado y de salvación individual»? ¿No irradiamos con demasiada frecuencia la sombra en vez de la luz de la Cruz? No todo es ciertamente malo en el soplo de optimismo conquistador que solivianta a la masa humana. ¿Por qué defendernos de él? ¿Acaso el Evangelio no es un fermento que hay que introducir en el seno mismo del mundo?"

El párrafo que acabamos de transcribir, nos da la clave para interpretar muchos textos de Teilhard de Chardin en los que se queja de la presentación deficitaria que con frecuencia se hace del cristianismo. El celo apasionado de Teilhard parece fustigar con más vigor a los cristianos, responsables de la conversión del mundo a Cristo, que a los no creyentes. "Si la sal se desvirtúa, ¿para qué sirve?" (Mat., 5, 13).

"Cristianizar las nuevas aspiraciones del mundo": transformación formidable, para la que no puede bastar la crítica puramente intelectual o negativa ni las condenaciones del materialismo o del panteísmo. La misión de los cristianos postula de nosotros que asumamos plenamente el alma religiosa del mundo de hoy, y que la vivamos plena y sinceramente al nivel cristiano. "Las aspiraciones religiosas del humanitarismo moderno son tristemente vagas y desmochadas. A nosotros nos corresponde mostrarles, con la palabra y el ejemplo, que para afirmarlas, salvarlas y centrarlas, lo único visible con que se cuenta, es la realidad concreta de Cristo. Cuando en virtud de su mismo cristianismo, por la actividad constructiva de su caridad, por la riqueza operante de su abnegación, por la confiada intrepidez de su manera sobrenatural de ver, los cristianos muestren ser entre los hombres los primeros en espiritualizar los valores terrenos y marchar hacia el futuro; entonces se desarmará hasta el fondo la mejor —es decir, la más peligrosa— parte de la incredulidad humana".

Es el programa que Teilhard de Chardin se trazó para su vida de investigador y sacerdote. Todo en el —sus estudios, sus escritos, sus actitudes, sus críticas, sus esfuerzos...—, estuvieron guiados por ese norte. El mismo lo sintetiza en el párrafo final de la respuesta a *La Vie Intellectuelle* que estamos presentando:

"El mundo se está convirtiendo espontáneamente a una especie de religión natural del universo, que lo aparta indebidamente del Dios del Evangelio: en ello consiste su «incredulidad». Convirtamos, en

un grado superior, esa misma conversión, mostrando con toda nuestra vida que solamente Cristo «en quien todo tiene su consistencia» (Col., 1, 17), es capaz de animar y dirigir la marcha recientemente vislumbrada del universo; y de la misma prolongación de lo que constituye la incredulidad de hoy día, brotará quizá la fe de mañana”.

**Jacinto Luzzi S. J.**

1. “La fe en el hombre”. Es el mismo artículo Teilhard define esa fe como “la convicción, más o menos operante y apasionada, de que la humanidad, tomada en su totalidad orgánica y organizada, tiene frente a sí un porvenir: porvenir formado no sólo por años que se suceden, sino por estadios superiores que hay que ganar conquistándolos”.

2. Treinta años más tarde, estas mismas observaciones, profundamente vivenciadas por la jerarquía eclesial, provocaron la reactualización de la Iglesia en el Concilio Vaticano II. Véase, en particular, la constitución pastoral “Gaudium et Spes” acerca de la Iglesia en el mundo contemporáneo; el discurso pronunciado por S. S. Juan XXIII el 11-X-1962, § 13; y el de S. S. Pablo VI, del 29-IX-1963, §§ 43 y siguientes.

3. Cfr. “Cristología y evolución”, inédito de 1935: “En

virtud de esta ‘erupción’ [de las modernas aspiraciones humanas], es inevitable que en el seno del cristianismo se manifiesten profundas turbaciones. Formulada y acomodada a las medidas y dimensiones de un estadio anterior de la energía religiosa humana, la dogmática cristiana hoy día ya no responde con exactitud a las exigencias de un alma ‘naturalmente cristiana’ nuevo modelo. De allí surge, evidentemente, esa indiferencia característica de nuestra generación para con las doctrinas de la Iglesia. Como lo señaló Nietzsche, no son los argumentos sino el gusto por el Evangelio lo que se pierde, irresistiblemente drenado por un gusto superior. Aquí, emergiendo de la profundidad de la conciencia humana, una marea natural, tumultuosa, de aspiraciones cósmicas y humanitarias, irresistibles en su ascenso pero peligrosamente imprecisas y más peligrosamente aún ‘impersonales’ en su expresión: la nueva fe en el mundo. Y allá, inflexiblemente mantenidas por el dogma cristiano pero cada vez más abandonadas (en apariencia) por la oleada religiosa, la visión y la expectación de un polo trascendente y amante del universo: la antigua fe en Dios. Aquí, representada por el humanismo moderno, una especie de neopaganismo lleno de vida pero aún acéfalo. Allá, figurado por el cristianismo, una cabeza por la que la sangre ya sólo circula a media marcha.

Aquí, las napas de un cono prodigiosamente ensanchadas, pero incapaces de cerrarse sobre sí mismas; un tronco truncado. Allá, una cúspide que ha perdido su base. ¿Cómo no ver que los dos fragmentos están hechos para unirse?”.

SEGBA ha tomado las previsiones necesarias para afrontar el crecimiento de la demanda de energía de los próximos años a fin de prestar un eficiente servicio. Para ello, además de sus recursos propios, cuenta con la financiación adecuada para su vasto plan de obras.



**SERVICIOS ELECTRICOS DEL GRAN BUENOS AIRES S. A.**





**TELEONCE**  
*informa!*



**13.00**  
**TELEONCE**  
**INFORMA**

De lunes a sábados los sucesos del mundo en una singular síntesis noticiosa! Transmisión simultánea con Canal 5 de Rosario.



**TELEONCE**  
*informa!*



**19.30**  
**DIARIO**  
**ALPARGATAS**



Una nueva dimensión periodística en un excepcional informativo de 30 minutos! Transmisión simultánea con Canal 5 de Rosario y Canal 8 de Mar del Plata.



**TELEONCE**  
*informa!*



**23.00**  
**EL**  
**REPORTER**



El día al día con el noticiero más prestigioso de la noche porteña. Transmisión simultánea con Canal 5 de Rosario y Canal 10 de Mar del Plata.

